

Entrevista con Narda Alvarado, por Tatiana Fernández

Hoy muchos artistas trabajan la pedagogía como un médium y recuerdo siempre dos obras tuyas que tocan sobre este asunto y son poco conocidas. En realidad una de ellas no está ni registrada como una obra de arte, pero sucedió y tuvo espectadores, que en ese momento eran tus alumnos de secundaria en el Colegio Internacional de Sur, Colesur (2003). El otro fue una obra que presentaste en formato fotográfico pero fue también un trabajo performático con estudiantes que se colocaban una venda sobre un ojo y observaban al mismo lugar.

Sobre la primera obra, qué estabas trabajando en aquel momento y cómo se relacionó tu trabajo con esta acción y cuáles fueron los alcances pedagógicos de esta acción artística en una sala de aula donde tú eras la profesora de arte?

¡Qué difícil hablar puntualmente de uno de los retos más intensos que el arte me puso en el camino! Como no puedo comprimir esta experiencia en pocas líneas, te envío un texto largo, agradeciéndote querida Tatiana por hacerme pensar en esto.

Para empezar, es cierto que aquella acción con el traje de Chapulín Colorado no fue registrada como obra de arte. De hecho, no la hice con la intención de que lo fuera y nunca la presenté en un contexto expositivo. Fueron las circunstancias las que me llevaron a hacer ésta y otras acciones de similar naturaleza. Por esto, prefiero hablar de esa experiencia en particular, como artista enseñando arte, e ilustrarla con un conjunto de acciones, ejercicios o ejemplos contextualizados en sus propias coyunturas.

Año 2003, el arte contemporáneo empezaba a establecerse en Bolivia. Algunos artistas (entre ellos tú) nos habíamos auto-impuesto la misión de difundirlo, y de demostrar que el arte iba más allá del uso de los medios tradicionales y del dominio de sus técnicas. Yo acababa de tomar tu puesto como profesora de arte de secundaria en un colegio alternativo. Como sabes, una buena parte de los alumnos eran brillantes, inquietos o hiperactivos pero "problemáticos" (expulsados, depresivos, inconformistas, incomprendidos, postergados, rebeldes...). Muchos provenían de hogares acomodados. Yo era la "nueva profe", tenía 28 años y ninguna experiencia en enseñanza o educación.

Los mayores retos de las primeras semanas consistieron en generar vínculos con los estudiantes y en mantener algún orden en clases o por lo menos en controlar el caos. Cada curso era distinto, igual que la relación que establecí con ellos. Los chicos más jóvenes (12-13 años) eran los más tranquilos, por tanto los que más trabajaron. Pero, cuando notaba que empezaban a distraerse les hacía gritar con todas sus fuerzas, saltar, o moverse con algún concepto estético o performático. Lo importante era cansarlos físicamente para que siguieran atentos a la clase.

El desorden crecía proporcionalmente con la edad de los estudiantes. Había una clase prácticamente imposible (tercero medio, 16-17 años). Mientras yo hablaba, algunos chicos jugaban fútbol, otros charlaban en grupos, una parejita se besaba, otros reían en una esquina. Alguna vez me llegó una tiza, y quizás sólo uno o dos, de veinte alumnos, me hicieron algún caso. La comunicación con este grupo fue difícil hasta las últimas clases (luego volveré a estos revoltosos).

Pero no todo era color hormiga; hubo un curso de último año con el que llegamos a entendernos bastante bien. Los estudiantes eran sensibles, tenían curiosidad, los sentía más abiertos o relajados que en otros cursos... con ellos era fácil avanzar.

En una ocasión, llevé un bañador con agua y detergente para introducirlos al objeto y a la escultura contemporánea. Con los guantes de goma puestos, batí el agua con ambas manos delante de ellos hasta que la espuma alcanzó su punto más "sólido". Luego, la apliqué a los espacios vacíos de una silla del aula, tratando de formar un volumen regular. Esta acción resultó tan exitosa, quizás por su impacto visual, que los chicos atendieron el resto de la hora. Hablé de la obra de Rachel Whiteread --

referencia de mi pequeña escultura-performance--, introduje algunas nociones de "diálogo" entre obras y artistas, mostré una selección de imágenes de Arte Povera, e incluso el tiempo alcanzó para hacer un ejercicio escrito. Lamentablemente, las clases no fueron siempre tan productivas.

Lo cierto es que pasaba tardes enteras desarrollando estrategias y pensando en maneras de llamar la atención de estos adolescentes. Necesitaba crear vías de comunicación efectivas y duraderas para poder "dar la materia". El desorden me sobrepasaba.

Estudié en un colegio jesuíta donde el orden y el estudio riguroso eran lo normal. Incluso, la estética de nuestra normalidad era coreográfica. En este otro colegio, la falta de disciplina en el estudio y el caos se manifestaban regularmente. Reinaba una auténtica estética de la distensión que desconfiguraba mi esquema de "clase". Además, parecía que la materia de arte no valía mucho para los estudiantes. La tomaban como un recreo en hora de clase, y lo más triste aún: creo que la veían como una clase donde no se aprendía nada, casi como una pérdida de tiempo.

Hubo un curso (segundo medio, 14-15 años) que en una ocasión me pidió abiertamente usar la hora para estudiar y hacer la tarea de química. Acepté con la condición de que hicieran un "performance" en el recreo, y que luego presentaran un texto acerca de la experiencia para poder hablar de ella. Tenían que recoger basura del piso y pasarla uno a uno hasta depositarla en el basurero. La basura llegó a los basureros, pero los textos jamás... Abajo, stills de un videito de muy baja resolución que documenta la acción.



Mi mamá --que estudió educación y es catedrática hace 35 años-- me recomendó leer *Summerhill*, que trata de una escuela libre inglesa fundada en 1921 por Alexander Sutherland Neill. Sus principios educativos promueven la felicidad como máxima aspiración de la educación, la ausencia de exámenes y calificaciones, la asistencia no obligatoria a las clases, la ausencia de reprimendas y sermones, y el trato igualitario entre niños y adultos, entre otros.* Gracias a este libro pude abordar mi problema desde una perspectiva pedagógica y relajada, aunque no pude aplicar sus métodos pese a que la educación del Colesur era más abierta que la que yo había recibido (ojo, que en mi colegio jesuíta yo era feliz). En *Sumerhill*, niños y adultos vivían juntos. Tomaba mucho tiempo para que los niños comprendieran y asimilaran los principios de convivencia. Fui profesora por sólo dos meses, pero hice lo que pude.

*saqué este resumen de Wikipedia http://es.wikipedia.org/wiki/Escuela_de_Summerhill

Mi objetivo primordial era mostrar a estos jóvenes y niñ@s una forma distinta de pensar el arte. Deseaba introducirlos al mundo de las ideas y principalmente al del arte conceptual. Quería despertar el pensamiento artístico en ellos y dar a conocer las posibilidades del arte: que opera en la vida diaria, que es una forma de relacionarse con el mundo, que ayuda a ver las cosas con otra perspectiva, y que la creatividad artística puede ser empleada para solucionar problemas reales.

Dadas las circunstancias, quedó claro desde el principio que la única alternativa con cierto potencial de éxito consistía en usar el arte visual como medio de interacción y comunicación, y sus metodologías como herramientas de seducción y distracción. Por ejemplo, empecé una clase hablando con agua en mi boca, desde el saludo. Entonces, tomaba un sorbo y hablaba mientras dejaba que ésta cayera libremente sobre mi ropa. Tomé la idea de una artista dominicana que hizo un performance en el Workshop Internacional de Artistas KM 0 en el que participé en el 2001. Con esta acción, los tomé por sorpresa y ahorré mucha energía aquel día, lo que me permitió hablar de performance y acción en el arte.

En otra ocasión, pedí a los estudiantes que trajeran peine, espejo y/o cualquier accesorio o producto para el cabello, para hablar de la construcción de identidad a través de un ejercicio estético cotidiano: el peinarse. Buscaba que comprendieran que el arte se manifiesta estéticamente en la vida diaria.

Si bien pocos trajeron el material solicitado, la dinámica de aquella clase fue bastante satisfactoria. Algunos se encargaron de peinar o despeinar a sus compañeros, otros se dejaron peinar y muchos se peinaron a sí mismos. Mientras lo hacían, formulaba preguntas a propósito de sus rutinas y gustos en el peinado. El desorden fue inevitable. Aunque conseguí que la mayoría se interesara en la actividad, me quedé con el ejercicio a medias porque no conseguí que discutieran o hablaran del tema entre ellos y menos a profundidad.



Las acciones que implementé en el colegio no tenían una relación directa con el trabajo que hacía en aquellos días. Sin embargo, las elecciones temáticas o estéticas y los recursos que empleé resuenan con ciertos intereses que conservo hasta ahora. Yo no estaba haciendo "obras de arte" o tratándo de hacer "arte" realmente, lo estaba usando.

En aquel entonces, ya buscaba fusionar la vida del artista, su pensamiento y su arte (prefiero no emplear el término obra). Mucho más que otras cosas que he hecho en mi trayectoria, estas experiencias fueron más "arte" que otras, sobretudo porque transgredieron un medio establecido: el aula (como el espacio conceptual donde la relación alumno-profesor-materia tiene lugar).

Las transgresiones sucedían a diario. Un día tuve una discusión insostenible con un paralelo, tanto que tuve que llamar a la directora porque no podía más. Cuando la directora vino los chicos tergiversaron nuestra discusión, pero no llegó a mayores porque hubieron contradicciones entre ellos. Tuve que aceptar que me colmaron la medida y que me expresé inapropiadamente. Cuando la directora se fue, hablamos muy frontalmente y al final pudimos entendernos. La siguiente clase llevé fotocopias con dibujos de Pinocho en blanco, para que colorearan. Fue un buen ejercicio porque nos acercó de alguna manera. Recuerdo un Pinocho que llevaba mi nombre, tenía mi ropa, el cabello despeinado y lentes como los míos (tristemente, perdí esa hoja).



Ese ejercicio fue bueno, sobretodo porque los chicos se expresaron abiertamente y la cosas mejoraron entre nosotros. Pese a nuestras confrontaciones, era difícil no querer a esos chicos rebeldes.

Y ojalá hubiera sido así con todos. Hubo un tercero medio, que mencioné anteriormente, con el que nunca pude conectar. Nada funcionó con ellos, excepto una vez: el colegio me había pedido llevar al curso al coliseo, pero no recuerdo bien para qué. Debían permanecer juntos y sin hacer chacota. Para mantenerlos ocupados se me ocurrió escribir con tiza en las graderías para comunicarme con ellos. Aquel día no hablé. En el texto, les pedí que borrarán mis palabras de diferentes maneras. Sólo cuatro estudiantes respondieron encontrando 3 formas de limpiar los escalones, mientras el resto del curso "hacía lo suyo".

1. Un chico se hecho en las graderías agarrando una mochila en las manos, mientras su compañero lo jalaba de los pies.
2. Otro encontró un trapeador
3. Entre cuatro pusieron un taburete sobre una especie de plataforma con ruedas, dos se sentaron en el "vehículo" improvisado agarrando un trapeador, mientras los otros dos los empujaban. Hicieron así peldaño por peldaño.



Respecto al alcance pedagógico de las experiencias mencionadas, no podría decir qué aprendieron específicamente los estudiantes, si es que algo "aprendieron". No sé si alguna vez logré hacerlos pensar y menos si logré producir pensamiento. Tal vez entendieron que el arte puede manifestarse en la experiencia, y no sólo a través de un medio o una técnica.

Nunca pude conversar seriamente al respecto, como me hubiera gustado. Quizás algún chico o chica recuerde una profesora que hacía cosas poco convencionales, y que pedía tareas raras para la casa... como despertar 5 veces seguidas y escribir un texto al respecto, hacer carátulas de ensayos que no tenían que escribir; sólo debían presentar la carátula y hojas vacías con la cantidad de páginas que hubieran querido escribir, usar la ropa al revés durante una tarde... Lamentablemente, no tuve manera de evaluar lo que aprendieron, tampoco el tiempo suficiente para repetir o practicar lo "enseñado" para que lo asimilaran.

Cuento con las reacciones inmediatas que observé y recibí entonces: algunos alumnos del curso más joven hacían el gesto de "está loquita" cuando me veían en el recreo. En los cursos superiores unos querían saber más y hacían muchas preguntas. Otros, desafiantes, tiraban arcilla al techo o las paredes preguntando si eso era arte o no, por ejemplo. No sé si mis respuestas sirvieron, pero mi encuentro con ellos planteó preguntas que pusieron en evidencia la artificialidad de la obra de arte y del formato expositivo.

Sobre la segunda obra, cómo fue trabajar con estudiantes que no eran tus alumnos, qué es lo que te interesaba de esta acción en que los estudiantes participan de una obra tuya? de qué maneras ellos se relacionaron con esa obra, te hicieron preguntas? quisieron entender que es lo que hacías? que dijeron las autoridades de la escuela?

Un Minuto de Silencio... para ver el cielo (2002) nació como una imagen de niños de colegio con parches en los ojos, parados en filas en el patio de una escuela. Me interesaba reproducir una imagen de mi pasado y hacer algo con la experiencia de su ejecución. Escogí la Escuela Primaria Max Paredes porque de niña le pedí a mi mamá ir al colegio cuando todavía estaba en kinder, y me inscribió en esta escuela fiscal donde aprendí a escribir las primeras palabras de mi vida.

Con esta pequeña historia y las intenciones mencionadas convencí a la directora del Max Paredes para hacer esta "obrita". Debo decir que siempre he sospechado un poco del arte participativo o colaborativo. Sobre todo porque no lo encuentro muy libre. Tengo la impresión de que pone al público en una posición incómoda, casi obligándolo a participar. Por mi parte, no suelo invitar al espectador, ni a los "ejecutores" de mis obras a ser parte del proceso creativo de mi trabajo. Me gusta pensar sola. Mi método es convencer al otro de ayudarme a ejecutar una obra, usando como argumentos mis intenciones reales y las posibles lecturas de la pieza terminada.

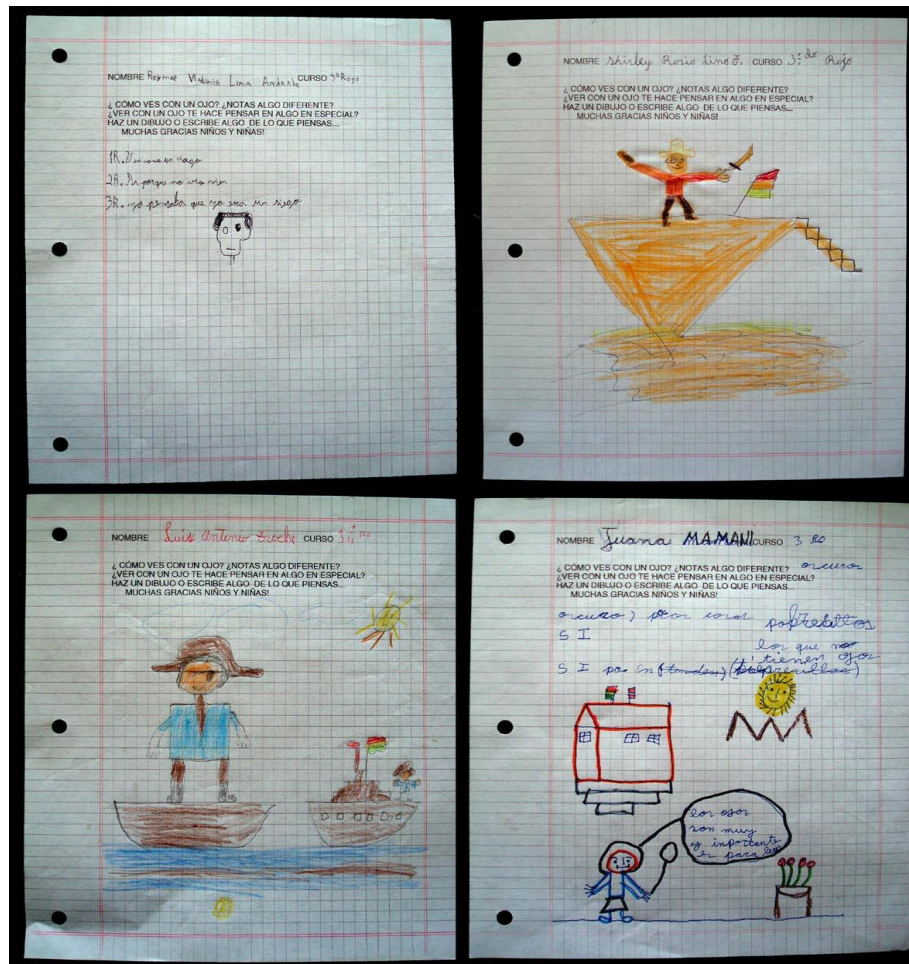


Así fue que la directora me dió permiso para usar un periodo de clases (hora y media) de dos paralelos de tercero básico. Las profesoras de ambos cursos se encargaron de llevar a los niños al patio y de ordenarlos en filas. Yo repartí los parches, les pedí que miraran al cielo por un minuto y saqué algunas fotos. Expliqué brevemente que la acción realizada era una "obra de arte", aunque decirlo no tuvo mucha repercusión. Eran niños de 7 u 8 años, y lo importante era saber qué pensaban de la acción en sí. Luego, volvimos a los cursos y los alumntitos respondieron -con texto y dibujos- un cuestionario que preparé previamente (ver imágenes abajo) que decía: "¿Cómo ves con un ojo? ¿Notas algo diferente? ¿Ver con un ojo te hace pensar en algo especial? Haz un dibujo o escribe algo de lo que piensas... Muchas gracias niños y niñas."

Un Minuto de Silencio... para ver el cielo es uno de los trabajos más simples que he hecho (desde la idea hasta la ejecución) y uno de los que más he disfrutado. Tiene una especie de pureza conceptual que destila simplicidad, belleza y poesía. No se trata de una mezcla de rigor y precisión que resulta en ambigüedad. Me refiero, quizás, a la obrita más "poema" que he hecho. Aquella hora y media con los niños y sus profesoras fue muy emotiva para mí. Volví a ese patio frío, sin horizonte, pero tibio en mi memoria donde pasé los recreos, educación física y alguna hora cívica. Los escolares vieron al infinito durante un minuto. En el cielo pasearon por las nubes, escapando lejos... como piratas en una tarde soleada, mientras yo viajaba en mi recuerdo.

Ojalá hubiera tomado, hace muchos años, el camino de la puerta que esta obrita abrió. No sé muy bien cuáles eran mis intenciones. La hice en un momento en que no me cuestionaba mucho el por qué de las cosas, sino el cómo y el después. Quizás quería que los niños tuvieran una idea distinta de la

vivencia de hora cívica (es decir, de aquella larga hora en que los niños, parados y ordenados en fila, escuchan largas presentaciones con himnos, palabras alusivas, y otros actos organizados por la dirección). Quizás quería simplemente que vieran al cielo con parches de pirata. Lo que sí recuerdo es que tenía la intención de hacer un mural con las respuestas y los dibujos de los cuestionarios. No sé realmente por qué al final no lo hice. De hecho, lamento no haber formulado ninguna pregunta que hiciera referencia al cielo, o a la experiencia de mirarlo en silencio por un minuto.



En 2007, Raquel Schwartz y Rodrigo Rada me invitaron a participar en la exposición *Políticamente Incorrecto con Un Minuto de Silencio* ("exposición que reunió obras de 7 artistas bolivianos, y que reflexionan sobre el concepto de nación, patria, región, minorías, democracia, e ideología político-cultural; todos estos, conceptos que involucran la percepción individual del gobierno y que en una coyuntura nacional, están relacionados con la incertidumbre de la vida en Bolivia hoy en día." Kiosko archivo), pero me arrepentí de exponerla porque la lectura de los curadores la alienó y politizó. Yo hice un poema, no un comentario, ni una crítica al sistema educativo boliviano. Además, tenía muy poco que ver con la "coyuntura" de ese momento. Paradójicamente, quizás aquel minuto en el cielo fue una de las muchas manifestaciones de escapismo que se dan continuamente en mi práctica.